

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA CONFERENCIA DE PUEBLA

*Alfonso Card. López Trujillo
Arzobispo de Medellín*

1. INTRODUCCION

Hay acontecimientos de la vida que marcan profundamente. Eso ha ocurrido con las Conferencias de Medellín y Puebla. Nuestra Iglesia latinoamericana no es la misma después de estos acontecimientos. Estos han sido causa de una renovación notable. En cierta forma han señalado como su surgimiento, en una especial conciencia de unidad, y en una irrupción en el escenario mundial. Porque Medellín y Puebla han rebasado las fronteras de nuestras 22 Conferencias Episcopales. La Iglesia toda tomó conciencia de estos formidables hechos eclesiales, sobre todo de Puebla, cuya difusión ha sido más amplia e intensa.

No hay, sin lugar a dudas, nada comparable en otros continentes, con organismos como el CELAM, que influya tanto para la semblanza de nuestra Iglesia. La Providencia nos ha bendecido, y por lo tanto nos da esa responsabilidad eclesial, con una serie de factores históricos, culturales, de lengua, que, no obstante nuestra variedad, da base más firme a una especial unidad. Nuestras fronteras no son barreras insalvables. Eso no se da, en la misma forma y medida, en otras latitudes.

Medellín y Puebla han sido acontecimientos cumplidos en el marco de la más densa unidad con la Santa Sede. Nada en nuestra experiencia nos impulsa a resabios de desconfianza o de cierta lejanía del centro. ¡Todo lo contrario! La Santa Sede ha ayudado, dentro del mayor respeto y consideración a que estas Conferencias hayan tenido el éxito que se les reconoce.

En estos días he leído algún libro sobre las incidencias de la Revolución francesa, cuyo segundo centenario este año se celebrará. Las obras

numerosas que sobre el tema se están publicando, con un no oculto sentido crítico a juzgar por ciertas síntesis, dan harta materia para reflexionar. Algún crítico recoge esta opinión, con la cual no quiero comprometerme: "Habéis hecho una revolución, pero no habéis realizado una reforma". Me parece que Medellín y Puebla han representado, sin rupturas, algo así como un cambio revolucionario con evidentes reformas, o mejor renovaciones de amplio alcance en el campo pastoral. Hay un espíritu nuevo. Un nuevo estilo. Y curiosamente es algo que señalan y perciben más gentes de otras naciones, distintas de las nuestras. Quizás, en una primera etapa, no se da uno cabal cuenta de que se va creando.

Buena iniciativa ha tenido el CELAM al invitar a estas celebraciones. Agradezco cordialmente la invitación tan amable que me han hecho para dialogar sobre este tema.

2. DOS CONFERENCIAS INTIMAMENTE UNIDAS

Las celebraciones de los 20 años de Medellín y de los 10 de Puebla están íntimamente unidas. Si es verdad que la más inmediata inspiración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano la hallamos en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, (fue el contenido del tema), los nexos con la Conferencia de Medellín son grandes, tanto en la armonía interna del tratamiento de algunas cuestiones, como en la clarificación de interpretaciones y distorsiones. Esto fue expresamente recordado por el Santo Padre.

Podría pensarse que Puebla es un Documento de orientación pastoral más que doctrinal o teológica. Sin embargo, hay que advertir que las cuestiones pastorales han sido abordadas tras de una sólida reflexión teológica, fruto de un trabajo armónico y convergente de los Episcopados y de la labor intensa que, en este campo, realizó y estimuló el CELAM.

Cabría decir que el Documento de la III Conferencia recoge, en una unidad sistemática, muchos puntos vitales que fueron objeto de estudio y de acuerdos fundamentales en los años que precedieron a las jornadas llevadas a cabo en el Seminario Palafoxiano de Puebla de los Angeles. Los presupuestos teológicos de esta histórica Conferencia pueden ser incluso mejor identificados hoy, a una cierta distancia del hecho eclesial, que en la inmediatez de esos días en los cuales, de hecho, el Episcopado de América Latina vivió su lema "Comunión y Participación".

Acontece algo semejante a la reflexión sobre el Concilio. Con el paso de los años se percibe mejor que fue, por excelencia, un Concilio en el cual la eclesiología ocupa el primer puesto y es el tema que integra el conjunto de sus documentos. No hay acción pastoral que no tenga detrás un bloque de posiciones teológicas, más o menos formuladas y articuladas, no siempre sometidas a un consciente discernimiento. Este racimo de impresiones y de opciones suscita adhesiones, solidaridades, que sirven de horizonte de comprensión y de principio inspirador de acción.

No es del caso peregrinar por el camino de los recuerdos y de las anécdotas en Puebla, a pesar de que no dejen de ser ilustrativas de ciertas posiciones. Los debates previos a la Conferencia y que la Revista *30 Giorni*, asumiendo un artículo mío, intituló "La batalla de Puebla", fueron a la postre de grande utilidad. Evitaron que el fragor de las discusiones tuviera su escenario en Puebla, pues numerosos temas y puntos habían sido suficientemente ilustrados y aclarados, y se había producido un acuerdo de fondo entre los Obispos, lo que se reflejó ampliamente en las deliberaciones. Esto explica cómo en el espacio de pocas semanas —dos— se logró tan impresionante unidad y unanimidad. Solamente se registró un voto en blanco.

¿Cuál fue el método adecuado para detectar *los núcleos* de los presupuestos teológicos? Hablo de *núcleos*, porque, detrás de numerosas cuestiones que se reflejaron en los textos preparados, hay núcleos en los que se concentra el debate. Es preciso ir más allá, incluso, para descubrir las cuestiones fundamentales, todavía de mayor amplitud y envergadura. No es una pesquisa caprichosa y arbitraria. Fueron las mismas Conferencias Episcopales las que ofrecieron su visión de las cosas, y no en un recuento sin coordinación del problema, sino con una cierta jerarquización del mismo. La convergencia fue admirable. Todo fue ubicado en torno a la *Evangelización* en la indagación sobre su presente y su futuro. Era reciente todavía el impacto positivo provocado por la *Evangelii Nuntiandi*, como fruto del Sínodo de la Evangelización que había dejado tan abundante material, pero que no había podido desembocar (en medio de un relativo desconcierto) en un documento final durante las sesiones sinodales. En este Sínodo, de 1974, América Latina tuvo un papel protagónico en un escenario eclesial mundial. Marcó una primera manifestación, con la fisonomía de una Iglesia unida, por los servicios, entre otros de cohesión del CELAM, en la historia cinco veces centenaria de nuestro Continente. Este hecho no se había registrado antes. No hubo un protagonismo latinoamericano en el Concilio. Las

intervenciones en Sínodos anteriores y en el mismo Concilio fueron escasas y no concertadas. En cambio en el mencionado Sínodo, después de una cuidadosa preparación de las Delegaciones de Obispos, los temas centrales fueron presentados y enriquecidos con numerosos aportes desde América Latina. Esto se observó en temas de la *Evangelii Nuntiandi*, como el de la absoluta prioridad de la Evangelización, la Religiosidad o Piedad Popular, las Comunidades Eclesiales de Base, la Liberación y los criterios señalados para una genuina evangelización.

La *Evangelización* se asumía como el reto y la respuesta válida a una humanidad urgida del Anuncio del Reino. Tal urgencia se sentía en más amplia medida cuanto más fuerte era el embate de la Secularización, en su variante secularista, al pretender explicar y organizar un mundo sin Dios.

3. LOS GRANDES PRESUPUESTOS Y CORRIENTES TEOLOGICAS DE PUEBLA

Prefiero tratar el asunto en plural. Puebla, a pesar de que tiene como telón de fondo la *Evangelización* (privilegiando en el tema más la dimensión *histórica*), o mejor, no a pesar sino debido al tema, dió un repaso casi exhaustivo de los principales problemas pastorales, doctrinales y teológicos que más agudamente incidían en nuestros países. No hay una concepción temática reductiva. Se buscó ver nuestra Iglesia desde la Evangelización con sus logros y dificultades en el pasado, en nuestro tiempo y en la dinámica hacia el futuro.

Los problemas aparecieron y fueron señalados en su multiplicidad. En su diagnóstico fueron escrutadas sus causas, de carácter general y particular, y la forma de resolverlos, con soluciones adecuadas, desde nuestra fe y compromiso eclesiales.

Las sucesivas discusiones llevaron a que se ajustaran mejor las cosas.

Ya Pablo VI invitaba, en la inauguración de Medellín, a “Aunar en una síntesis nueva y vital lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que los otros nos legaron y nuestra propia originalidad”.

Si a lo largo de nuestra historia la “Evangelización constituyente” (No. 6) y “nuestro radical sustrato católico” (No. 7) dió la fisonomía a nuestro Continente de la esperanza, Puebla es la respuesta a un reto, sin duda el fundamental.

¿Seremos capaces de caminar en el auténtico progreso humano, hacia una liberación de entraña cristiana, asumiendo nuestros valores de fe, sin dejarnos absorber por los pseudovalores de la modernidad, de la técnica, del proceso de industrialización y urbanización, lejos de Cristo? He aquí como Puebla formula tal desafío: “que sepamos estar a la altura de lo mejor de nuestra historia y seamos capaces de responder, con fidelidad creadora, a los retos de nuestro tiempo latinoamericano” (No. 10).

Trátase de contribuir, desde la Evangelización, “a la construcción de una nueva sociedad, más justa y más fraterna, clamorosa exigencia de nuestros pueblos” (No. 12) y añade “Tradición y progreso, que antes aparecían antagónicos en América Latina, hoy se conjugan buscando una nueva síntesis que aúna las posibilidades del porvenir con las energías provenientes de nuestras raíces comunes” (No. 12).

En esa síntesis, su sello y su alma debe ser el Evangelio como valor esencial, tutela, guía, soporte de la dignidad humana. Oigamos esta aseveración: “La gran misión de la Iglesia ha sido su compromiso en la fe con el hombre latinoamericano: para su salvación eterna, su superación espiritual y plena realización humana” (No. 13).

He aquí lo fundamental: la realización humana, en una síntesis vital, desde la fe. Hay una clara articulación entre desarrollo y crecimiento humano y liberación, en la síntesis del amor: “Deseamos, —dice el mensaje a los Pueblos— explicitar el sentido orgánico de la civilización del amor, en esta hora difícil, pero llena de esperanza de América Latina” (No. 8). Para esa síntesis vital, la Iglesia trabaja desde su identidad, desde lo que el Señor quiere que sea, en su diseño original (El la fundó) y en medio de las vicisitudes históricas (El la acompaña: se mueve, como en el Apocalipsis, en medio de los candelabros) y la conduce hasta su plena realización, en la Iglesia, aporta, con dolores de parto, para el nacimiento de nuestros pueblos, lo que le es propio y original: el Anuncio del Reino que es anuncio del Rey. ¡Es el Evangelio de Cristo!

Por ello se preguntaron los Obispos en Puebla, como Pedro ante la súplica del paralítico a las puertas del Templo: “¿Qué tenemos para ofreceros? Digamos de nuevo la respuesta: al considerar la magnitud de los desarrollos estructurales de nuestra realidad, no tenemos oro ni plata para daros, pero os damos lo que tenemos: en nombre de Jesús Nazareno, levantaos y andad (No. 3).

Permitidme que ilumine ésto con una anécdota que en estos días oí y que dicen es verídica. Una comunidad indígena fue a visitar al Obispo. Le expresaron su gratitud por lo que había hecho por ellos: les había conseguido casas y había desarrollado buenos programas para la salud y en otros campos. Sin embargo, los indígenas estaban tristes porque muchos se habían pasado a las sectas. Usted, "taita" Obispo nos dió casas, pero no nos dió a Dios. Dicen que aquella Diócesis exhibe el más alto porcentaje de gentes que fueron víctimas del proselitismo de las sectas.

En todo caso, uno de los problemas más sentidos, el de las sectas, en el análisis conocido, crece, cuando es mayor el vacío pastoral. Una comunidad bien Evangelizada es terreno estéril para las sectas.

Lejos de mí pensar que se puede imaginar concretamente en América Latina una Evangelización que deje de lado la pastoral social. Esta pertenece a una Evangelización integralmente concebida. Pero no es oro, ni plata lo que se nos pide como servicio específico y original.

Hace años, cuando preparábamos la Conferencia de Puebla, escuché de un hermano Obispo otra anécdota. Hubo, en una vasta región de su Iglesia, una calamidad: las cosechas se arruinaron. Alguno había tenido o más previsión o suerte y recogió maíz en abundancia. Tomó lo que necesitó, aplicando, sin saberlo los principios de Santo Tomás sobre la propiedad privada, y el resto lo repartió entre sus vecinos. Y al contarle eso a su Obispo, le comentaba: cuando repartía el maíz, sentía que Jesús estaba contento en mi corazón. ¿No es eso entender qué es una Evangelización integral? Comprendía, en efecto, este indígena que hay una comunión en la fe, en la Iglesia, en la Eucaristía, en la Fracción del Pan, que lleva a compartir, a una Koinonía de proyección social. Siempre conservando un sentido de las prioridades.

También he escuchado otra anécdota. Los protagonistas son también los indígenas. Su actitud, sin embargo, se diferencia radicalmente de los dos ejemplos anteriores. La gratitud se transmutó en revancha. Lo que hizo por ellos la Iglesia, por ingenuidad o mala formación de unos agentes de pastoral, en otro clima, por una penetración *ideológica*, se volvió protesta contra el Obispo que les había "robado" sus tierras; tierras que eran de la Iglesia y que generosamente había cedido para ayudarlos. Tal queja, en estos días fue llevada por ese grupo, también en ésto manipulando, a la ONU, en Ginebra, como testimonio de la cerrazón y falta de solidaridad de la Iglesia. El caso, lo aseguro, no es traído por una imaginación dialéctica.

He propuesto estos ejemplos, imitando el método de Juan Pablo I, quien siempre reunía anécdotas para ilustrar su pensamiento y quiero valerme de ellas para ir al fondo del problema central de Puebla: en el cambio acelerado y radical de nuestro Continente, de un tipo de civilización rural a otra urbano-industrial "¿Cómo entrar en esta dinámica con los valores, la energía y la riqueza de la fe?"

4. LOS EJES DE PUEBLA

En el fondo, está la cuestión del *secularismo*, en sus diferentes formas y manifestaciones. ¿Será la fe algo que postra a los pueblos, les resta energías y los margina de la corriente del progreso? No es, para los pueblos pobres, un pesado fardo su religiosidad, según los planteamientos no sólo del ateísmo marxista sino de mentalidades forjadas en la llamada modernidad? La denominada razón científica y técnica y las mismas leyes de la economía no se contraponen a ese *Ethos* generado por la religión?

En estos días ha sido publicado el documento de la Comisión Teológica Internacional, sobre el tema de la *Evangelización y la inculturación*. Es curioso ver cómo transita este texto por estos mismos caminos. Veamos cómo formula los interrogantes sobre algunos problemas de inculturación: "cómo el Evangelio debe animar, purificar y fortalecer el nuevo mundo en el cual nos ha hecho ingresar la industrialización y la urbanización?"

Supone la precisión y diferenciación entre *natura* y *cultura*. La *natura* de un ser es aquello que lo constituye como tal, con el dinamismo de sus tendencias y de su finalidad propia. Esto adquiere su significado en el hecho de la creación del hombre a imagen de Dios. (Cfr. I, 1). La *cultura* se comprende en la prolongación de la naturaleza, como complemento de su finalidad, en la perspectiva de Gaudium et Spes: "Es propio de la naturaleza humana el no poder alcanzar un nivel de vida verdadera y plenamente humano sino mediante la cultura, es decir cultivando los bienes y valores de la naturaleza (...). Con el testimonio genérico de cultura se quieren indicar todos aquellos medios con los cuales el hombre afina y explica sus múltiples dotes de alma y cuerpo" (G.S. 13). Como creyentes, sostenemos que la religión es parte integrante de la cultura y consideramos que el Evangelio ha impregnado el alma de nuestros pueblos y está a la raíz de su propia fisonomía. Esta cultura cristiana que está a la base del dinamismo de nuestra historia, en la respuesta de Puebla, tendrá que ser resorte, estímulo y acicate en las nue-

vas condiciones y ante el encuentro de una cultura modelada por la ciencia y por la técnica, con ribetes de universalidad. ¿Cómo situarnos en ese choque entre cultura cristiana, en la modalidad latinoamericana, y la *cultura de la modernidad*?

Este telón de fondo de la Conferencia de Puebla se traduce sin duda, en el tipo de sociedad que anhela construir. Por ello, los modelos de una sociedad de un capitalismo rígido (como será calificado después de la Encíclica *Laborem Exercens*) y del *colectivismo* marxista, serán polos obligados en humanidad y la auténtica liberación, o se caerá en abismos de inhumanidad y servidumbre?

¿Habrá una *nueva síntesis*, seremos capaces de forjarla, en la que se asuman las conquistas de la ciencia (con sus límites y sus riesgos), sin que se plasme una sociedad sin alma? O, nuestra fe será como sustituida por la presión de *las ideologías* típicas de la revolución industrial que produce la conocida revolución cultural? El secularismo ambiental puede llevar a "compromisos" y contemporizaciones de una fe sin bríos, que se acomoda y mimetiza, como absorbida por el mundo, por el siglo, por una razón positivista, cerrada a lo trascendente y sin profunda apertura hacia los demás.

Puede nacer una como *nueva gnosis* que desajuste nuestra identidad católica y que cede a las presiones hasta producir tales formulaciones en las que se borra la originalidad del Evangelio y se renuncia a ese ser cristiano, plasmado por la Evangelización. Bien puede tratarse de una *gnosis*, una síntesis en la mentalidad del *materialismo liberal* capitalista, con su típica orientación que hoy vemos que repercute en el campo de la moral y de la forma de solidaridad social; o en la *gnosis*, que ocupa más a los Pastores en Puebla, por la inspiración de un análisis marxista asumido como interpretación de la historia y de la sociedad y como instrumento de liberación social.

Es aquí donde hay que enfrentar y dilucidar, como le correspondió al Episcopado Latinoamericano, el problema de *la pobreza*.

Para algunos, tributarios de la *gnosis* liberacionista, sin negar la exigencia de la liberación que Puebla ratificó en muchas partes (Nos. 480-490), el problema en los Documentos de *Consulta* (o verde), y en el de *Trabajo*, (o blanco) estaba mal propuesto: la cuestión central no sería la de la fe frente al secularismo, como podría ocurrir en otras latitudes, sino la de la liberación de la servidumbre de la pobreza, contra la cual

se articula, como un hecho incontrovertible, el clamor de la Teología de la Liberación. En los documentos preparatorios de Puebla no estaba, no podía estarlo, ausente la cuestión de la pobreza de vastos sectores de nuestros pueblos. Su ubicación era diferente: la Evangelización para la nueva síntesis, debía forjar, por la fe, una sociedad justa, solidaria, comprometida con el pobre, como amor preferencial, como opción madura de nuestro ser cristiano: Traducido en otros términos, la victoria de nuestra fe, en el duelo de siempre entre vida y muerte, las fuerzas del bien y las del mal, debe irrumpir en la mayor humanidad, que, pasando por la liberación de las esclavitudes y miserias, llegue a la formulación de Pablo VI en la *Populorum Progressio*: más humana, en fin, la fe, don de Dios.

Nuestros pueblos pobres tienen, por bondad de Dios, el don de la fe. Allí reside la raíz y la posibilidad de su dignidad. El hombre debe crecer, como imagen de Dios, en una familia solidaria, en una civilización del amor.

Retornando a los ejemplos propuestos, diríamos que, respecto de la pobreza, los Pastores en Puebla buscan una actitud social, ratificada contra las ideologías y la gnosis, como la del indígena que compartió el maíz, su riqueza, y sintió como Jesús estaba contento en su corazón. Al escuchar la anécdota de los indígenas y el avance de las sectas, recordaba lo que indicó el mensaje de los Obispos a los Pueblos de América Latina. "El contexto socio-cultural en que vivimos es tan contradictorio en su concepción y modo de obrar, que no solamente contribuye a la escasez de bienes materiales en la casa de los más pobres, sino también, lo que es más grave, tiende a quitarles su mayor riqueza, que es Dios".

La certera ubicación de Puebla se coloca a prudente distancia de quienes, incluso con buena intención, piensan que el problema es de pan y de cosas, pero se insiste menos, o se pone entre paréntesis el centro mismo del anuncio, que es Cristo. No se anuncia un Reino vago o identificado con determinados cambios estructurales, por lo cual la Iglesia también trabaja, sino que el Evangelio es Cristo. Es buena y oportuna la formulación de Bornkamm: "El predicador, Jesús, se ha convertido en el objeto mismo de la predicación".

Si esto no se hace, otros, las *sectas*, vendrían a llenar, y de qué manera!, el vacío. Es un signo a la vez, de descalabro de la fe y de manifestación de la profunda necesidad de la naturaleza, del ser del hombre, hambriento de Dios. Hambre de Dios, hambre de dignidad, del Pan de la Palabra y del sustento cotidiano, con la prioridad de la fe.

En tal perspectiva, la verdad sobre el hombre, en Puebla exige el reconocimiento del hombre, imagen de Dios. El hombre, creado por Dios, que acepta su dependencia y que sabe que no puede realizarse sin Dios. Su ser libre lo liga en una relación con Dios que no lo esclaviza sino que lo perfecciona.

Una de las principales preocupaciones de la Conferencia de Puebla es ayudar a preservar la comunidad de la influencia, condicionamientos y presión de las ideologías.

Para nadie es un secreto que uno de los temas medulares era el de la clarificación de la nueva hermenéutica, de una de las corrientes de la Teología de la Liberación. Los debates se agitaron en torno de cuestión tan espinosa, sobre la que Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* y los Padres en el Sínodo de la Evangelización habían dado su enseñanza. Se percibían, sin dificultad, los aspectos positivos, ya enfocados por la Doctrina Social de la Iglesia, y los fuertes y graves interrogantes que, en primer lugar, en los Episcopados se suscitaron.

Se ha dicho que Puebla, porque no usó la expresión Teológica de la Liberación, habría cubierto con el silencio el problema. Tal enfoque carece de base. Basta mirar las precisiones hechas en los capítulos básicos, para concluir que este necesario debate estuvo muy presente.

Cada una de las verdades del trípede (la *verdad* sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre), representa una firme posición en relación con la manera de concebir las cosas algunos de los teólogos de la Liberación. Esto en la puntualización de Juan Pablo II en el Discurso Inaugural como en la utilización de parte de los Obispos.

No hay acaso, una respuesta segura y contundente a algunas tendencias cristológicas y eclesiológicas, difundidas por teólogos que buscaron influir, incluso en el rumbo de las deliberaciones? ¿A qué se refería el Papa al denunciar la Cristología de un Cristo revolucionario, el "Subversivo de Nazaret"? expresión acuñada en los Congresos de los Cristianos por el Socialismo? Y las severas observaciones, en la eclesiología, sobre la Iglesia Popular y el error de introducir la lucha de clases, en la versión marxista, serían golpes en el vacío, alusiones a posiciones inexistentes en América Latina?

5. POSIBILIDADES Y LIMITES DE LAS TEOLOGIAS DE LA LIBERACION

La Conferencia de Puebla al tratar de la reflexión sobre la liberación o del *discernimiento* sobre la liberación tenía, de la manera más evidente, presente las Teologías de la Liberación y todo el mundo sabía a qué se referían el Santo Padre y los Obispos.

Fueron denunciadas, en muchos lugares del documento, las desviaciones de algunas corrientes, señalados sus vacíos y errores, pero también se indicó el rumbo positivo que un adecuado discernimiento podría tener.

Se percibía en la atmósfera una grave dificultad. Si bien los Pastores compartían la legitimidad y urgencia de la lucha por la justicia y la ratificaban sin timidez, algunas experiencias pastorales y no pocos contenidos en circulación, presentados como propios de la Teología de la Liberación, explican el que sobre las posibilidades y horizontes de ésta, como tal, fueran en extremo mesurados los Obispos. En realidad fueron críticos. Sicológicamente, se chocaban con los condicionamientos de una denominación que aparecía como tributaria del Análisis Marxista.

Hubo un momento en que la inmensa mayoría, en una célebre votación, manifestó su voluntad. Fue rechazado un texto en el cual se negó el reconocimiento a los aspectos positivos de una reflexión sobre la liberación, porque se temió que fuera ambiguo y sujeto a fáciles manipulaciones. Se recordará que dicho texto hacía parte de la unidad dedicada al discernimiento sobre la Liberación y que fue redactado por Dom Helder y el autor de estas consideraciones. El modo al que me referí fue rechazado.

En síntesis, cabría decir que, con las manifiestas reticencias sobre la T.L., en germen encontramos en el documento de Puebla los contenidos de las Instrucciones *Libertatis Nuntius* y *Libertatis Conscientia* de la Congregación de la Doctrina de la Fe, expresamente aprobadas por el Papa.

Esto, tanto en los puntos de rechazo y de condenación de una nueva hermenéutica y de un sistema ideológico político (con advertencias y denuncias que conservan plena vigencia), como en el apoyo de la Doctrina Social de la Iglesia, verdadera Praxis de Liberación, compromiso que no resultaba, ni mucho menos, una novedad para nuestra Iglesia.

Permanece en todo su valor el rechazo de Puebla a una Teología de la Liberación que usa el Análisis Marxista y asume la dialéctica de la lucha de clases (No. 486), tal como se lee en Puebla y en el documento magisterial y magistral de la Congregación, repito, con la expresa aprobación pontificia.

A nadie se le escapa que los serios reparos directamente dicen referencia a la T.L. en su modalidad más difundida.

También ha de tenerse en cuenta el sincero esfuerzo por una liberación de contenido, proyección y métodos acordes con el Evangelio y que constituyen la posibilidad abierta de un trabajo positivo en este campo.

Ha sido una constante en el Magisterio de Juan Pablo II señalar las críticas y observaciones, como invitar a un trabajo fiel, en el marco preciso del respeto de la tradición, del Magisterio, de la Doctrina Social, de una Teología de la Liberación, deseable. Más aún, si rectamente concebida e inserta en la Teología de la Redención "No sólo útil sino necesaria". El Santo Padre invita a que se haga una Teología de la Liberación, digna de tal hombre. No existe ya. Es una tarea. Hay buenas pistas y señales para corregir los errores de la modalidad más difundida.

Como he buscado demostrarlo en un Artículo dedicado al pensamiento del Papa en esta materia, en su Mensaje a los Obispos, en diferentes ocasiones, reitera su mente.

Más recientemente lo hizo al Episcopado Colombiano, a los Obispos, reunidos en la sede del CELAM, y en su Discurso a los Obispos del Perú, con ocasión del Congreso Eucarístico Bolivariano.

Esto da una idea precisa de las posibilidades, las cuales se conectan con la *actitud de los Teólogos* y con *otros esfuerzos emprendidos*.

En cuanto a la primera, la actitud de los Teólogos, habría que analizar la literatura teológica, todavía bien abundante, sobre la materia. De los llamados Liberacionistas, solamente conozco un artículo muy franco y crítico, de Segundo Galilea. Es todo un examen de conciencia interesante y un testimonio de sinceridad. Más valioso aún, cuando se conoce la enorme dificultad del diálogo y autocrítica, una de las consecuencias de la invasión de la ideología en la teología, que experimentan algunos Teólogos Liberacionistas. Como lo anota la Libertatis Nuntius,

además se ha generado no sólo un *sistema* que penetra todos los tratados teológicos, sino un *movimiento* con una tupida red de centros y solidaridades, incluso con cómodas posibilidades económicas. Aquí habría que inscribir los Centros Ecuménicos y lo que se apeló al poder del "Ecudólar", o dólar "ecuménico", que es también "ecumarcos", moneda de un ecumenismo muy ambiguo. Los partidarios y grupos no suelen dejar ni el tiempo ni el espacio de libertad a los pioneros para meditar y hacer efectivos propósitos de enmienda.

Se ve a no pocos Teólogos en recargadas actividades organizativas y políticas, con itinerarios que tejen en su incesante peregrinación curiosamente al poder político de las ideologías marxistas, invitados por ciertos gobernantes con propuestas tentadoras. Cabría pensar aquí en la tentación de Cristo, de un mesianismo terrenal, que puede agobiar también al sacerdote.

Alguien, de una enorme autoridad, me anotaba en estos días este contraste: mientras está en marcha la Perestroika con la crítica a las estructuras desgastadas y nocivas que ahora, con gran refardo denuncia, algunos liberacionistas se deshacen en alabanzas de tales sistemas.

Problemas del método y de la tentación de la política...

No obstante la invitación del Papa, oportuna y comprensiva, para elaborar una *positiva T.L.* que todavía no está hecha, si el cambio consecuente en los liberacionistas no tiene lugar y siguen acaparando el título como si la *T.L.* fuera precisamente la de ellos, sólo la que ellos cultivan, el rescate deseado del término Teología de la Liberación chocaría con barreras casi insalvables. Son consecuencias de la filosofía y la semántica. Y habría, en todo caso, que atender más a un real proceso de liberación, de la Doctrina Social de la Iglesia, que a las meras denominaciones.

Por otra parte, el futuro dependerá de la capacidad creativa de una Doctrina Social en desarrollo. Y no sólo con el dilatado horizonte de las recientes Encíclicas Sociales, sino con la acción audaz y valiente de los Episcopados. Y con una presencia laical, que ahora se espera más decisiva con el impulso de la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*.

Tiene un interesante campo de acción, una *Teología de la Reconciliación*, que recoge lo mejor de una Teología de raigambre bíblica, Paulina, la doctrina Pontificia y lo positivo de una T.L., en la convergencia del perdón y la conversión personal y social. Una liberación sin recon-

ciliación perdería la originalidad cristiana, y las mismas posibilidades de una comprensión de una liberación integral.

Ha habido grandes y constantes esfuerzos de diálogo, dentro y fuera del CELAM con respecto a las corrientes liberacionistas, no obstante la gran dificultad de dialogar con tendencias de naturaleza política e ideológica. Desde el surgimiento de las corrientes liberacionistas de inspiración marxista, hecho que hoy se reconoce con mayor claridad, el CELAM hizo grandes esfuerzos para aclarar las cuestiones, invitando a las personas más significativas de las diversas oleadas de autores. Durante el año 1973 se preparó, en el Equipo de Reflexión teológico Pastoral, del cual fui primero Coordinador, desde 1968, y luego Presidente, el libro *Iglesia y política*. Se llegó al esclarecimiento de los conceptos de política, cuando un cierto liberacionismo había puesto en circulación, a manera de axioma, aquello de: "Todo es política". En 1973, (noviembre) tuvo lugar el Encuentro Interdepartamental que se recogió en el voluminoso libro, de permanente valor: *Liberación: Reflexiones en el CELAM*. Allí se detectaron los principales puntos de discrepancia y crítica. No sólo se publicaron las ponencias de los diversos autores y tendencias, sino que se recogió el diálogo que siguió a cada una de las exposiciones. Fue clave el aporte del CELAM en la fase preparatoria del Sínodo de la Evangelización y de enorme riqueza la iluminación de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, (los números 30 a 40). En septiembre de 1985 tuvo lugar, en Lima, un nuevo Encuentro de los principales autores. Fruto de tal esfuerzo fue el libro: *Conflicto social y compromiso cristiano en América Latina*. Se tenía la impresión de que se había llegado a acuerdos fundamentales. En la misma línea de esfuerzos por un diálogo esclarecedor tenemos los Encuentros y Publicaciones del Equipo de Reflexión sobre *Socialismos en América Latina*, de 1976, sobre *Eclesiología, la Iglesia particular*. Hubo una suspensión de los diálogos debido a Puebla, en la última fase de preparación, y cuando fueron designados los expertos de la Conferencia, (no por el CELAM, como equivocadamente se ha dicho), sino por medio de ternas que presentaron los Episcopados a la Santa Sede. Como no hubo designación de teólogos liberacionistas, se lanzaron a las reacciones e interpretaciones conocidas, primero con una fría y hasta hostil recepción del documento y luego con un progresivo entusiasmo, hasta hacer creer que los logros del Documento se deben a la cooperación que, a distancia daban.

Una vez celebrada la Conferencia, con tan amplio y sólido acuerdo, y aprobado el Documento por el Santo Padre, como Presidente del

CELAM invité a los principales líderes a un diálogo que debía tener lugar con tiempo suficiente. A decir verdad hubo buena acogida a la idea, con la sólo excepción de Rolando Muñoz, de menor importancia teológica. Las dificultades se encontraron en la conciliación de las fechas por las nutridas agendas de cada uno.

Este proyecto debió ser suspendido por razones obvias. Se tuvo conocimiento de que la Congregación para la Doctrina de la Fe había asumido el estudio de las obras de varios de los principales autores. Como era natural no consideramos prudente ni conducente, por la misma naturaleza del CELAM, intervenir en algo que había sido asumido por la instancia más alta de la Santa Sede, como es el Dicasterio Doctrinal. La cuestión debía ser tratada y aclarada en ese nivel, y con las mismas Conferencias Episcopales de los países más concernidos.

Se indica que hay ahora nuevos signos, en algunos autores.

He tenido ocasión de leer las modificaciones que aporta Gustavo Gutiérrez en la edición de octubre de 1988, que tiene como Prólogo este *Mirar de lejos* y que modifica uno de los apartes. Hay aspectos interesantes, como el valor que le resta a la Teoría de la Dependencia y los replanteamientos sobre la lucha de clases. Prefiero en otra oportunidad referirme a esto, para estudiar si es o no algo que deje satisfechos a quienes hemos estado en estos diálogos.

Se impone un esfuerzo de *Reconciliación*, pero en la verdad. Y esa verdad, en la Iglesia, pasa por el Magisterio, por la enseñanza del Santo Padre, por las posiciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe. La unidad debe ser real, con contenidos serios, con las modificaciones necesarias. Sería un gran servicio poder ir con un panorama más claro hacia la próxima Conferencia General.

No se trata de declarar desahuciadas determinadas tendencias. La esperanza debe permanecer, como el anhelo de una teología que se haga de verdad, con sentido de fe, de rodillas, con amor de Iglesia, sentido de comunión, en la que la evangelización aparezca como el mayor servicio al pobre.

Ojalá se llegue a los umbrales de la Nueva Conferencia con puntos aclarados. Uno de ellos, superación del artificioso planteamiento, según el cual habría dos posiciones: una, la de quienes sirven y defienden al pobre, (y sería la de los liberacionistas), y otra, la de quienes no los res-

paldan, y sería la de quienes no aceptan las posiciones de un liberacionismo de inspiración marxista. La verdad es esta: no es el amor a los pobres lo que ha causado los problemas sino la forma de entenderlo, por algunos, con opciones ideológicas que, en vez de ayudarlo, lo recuerda la *Libertatis Nuntius*, lo traiciona.

Puebla sigue en plena vigencia. Su inspiración continúa, pese a ciertas desfiguraciones. Y el CELAM tiene en este Documento su mejor patrimonio, como los Episcopados.